

LEYENDA DE TRASLASIERRA

Primer encuentro de indios y españoles en Camichingonia

Aníbal Montes,

Córdoba, 19

El paraíso terrenal de Tras la Sierra

En una época no muy lejana, en que la planta europea no había hollado todavía las risueñas tierras de la Pachamama, allá al Poniente de la abrupta sierra que hoy llamamos de Comechingones (y que ellos llamaban del Charava, o sea del Gran Señor), existió un pueblo activo y numeroso, que en cien aldeas repartido, vivía feliz con sus chácaras y algarrobales, sus llamas y vicuñas de lana suave, ciervos, guasunchos y ñanduces y otras mil especies de animales que poblaron sus sierras, sus valles, sus lagos y sus pampas.

Allá donde terminan por el Sur sus boscosas serrezuelas, lindando con la pampa inmensa y misteriosa que ellos llamaban Trapalanda, sobre las agrestes márgenes del Conlara, deslizaban pacíficamente su vida los habitantes del pueblo de Malanchay, que gobernaba magnánimo y paternal el gran curaca de los Auletas. Yúngulo extendía sus dominios desde el valle de Conlara, sierra arriba hacia el Poniente, donde los sagrados cerros que rodean al Maray y Cañada Honda, les proporcionaban el metal amarillo que ellos empleaban en fabricar sus utensilios y sus armas.

No podían estos buenos hijos de la Pachamama sospechar que de allende la inmensidad del mar vendrían los crueles hombres blancos, vaticinados por el agorero de los Incas, buscando precisamente ese brillante metal amarillo al que asignaban un tan alto valor.

En la corte del gran curaca Yúngulo

Vivían felices los laboriosos Auletas bajo la égida de Yúngulo, en esta época en que debía realizarse el viejo y funesto vaticinio. Tanto se habían multiplicado sus familias, que al desdoblarse las parcialidades, eran ya numerosas las aldeas que tendían el verde tapiz de sus chácaras en los vallecitos y cañadas de una extensa región, allí donde era posible establecer el regadío. Y se fueron agrandando también sus innumerables corrales de piedra, en los que por la noche encerraban sus mansas y serviciales llamas.

Malanchay fue su capital. No muy lejos mostraban sus techumbres amarillas los rancheríos de Caminta, Malara y Malaranta. Algo más lejos, los poblados de Talan, Calalara, Guatasiqui, Calpista, Caya, Concho, Cosnata, Cumblaén y Laganaure, enjoyaban vallecitos y colinas con sus risueñas siluetas. Más allá, Cancara, Loanqui, Maloyo, Aca, Achuma, Quelin, Quichvira, Tacala, Timbaha, Uspara y tantos otros, con sus respectivos curacas y capitanejos que rendían homenaje al gran cacique del valle del Conlara y le enviaban sus vistosas

comitivas y presentes en los días de la luna nueva.

Y era entonces que, después de saludar con grandes aclamaciones la delgada silueta de la diosa de la noche, se encendían las antorchas y el pueblo se movía cuesta arriba por la senda que bordeaba la que hoy llamamos Cordillera de los Apóstoles. En larga procesión, al son de cánticos y charangos, marchaban la noche entera en pos del cerro sagrado llamado Sololasta, en cuya gruta ornada de antiguos y simbólicos dibujos, se instalaban el gran curaca, llaicas, amautas y caciques, esperando que el sol naciente tiñera con sus rosados rayos la cumbre del lejano Champaquí, totem protector de todos los pueblos que vivían al Poniente de la abrupta sierra del Charava.

Una madrugada de aquel otoño, iniciada con raras luces en el cielo, estando allí reunidos cien curacas, tembló el poderoso Champaquí con sordo trueno. Un rato después llegaron en raudo vuelo, sin mover las alas, dos gigantescos cóndores, que en vertiginoso giro contornearon al erguido Sololasta, para retornar después por la misma línea que trajeron.

Y fueron mudos testigos del prodigio, además del pueblo reunido al pie del cerro, la corte real que en la gruta oraba: el gran Yúngulo, Caminta naure, Ulpan, Chagapanta, Chinchira, Tarcacuy, Anasacay, Naysamo, Talapa, Nagachama, Laleyuta, Chuma, Tocmo, Agampil, Sultara, Cuncay, Telcalen, Cuanchilmay, Guayo, Chinavi, Languatay, Tampicanta, Cayanaure, Lobaqui, Linlin, Simso, Tocunta, Talcara, Cuninga, Cosla navira, Chequnaure y muchos más, que escucharon aterrados el vaticinio que el llaica Ulpan dijera a grandes voces: "Poderosos extranjeros llegan del Naciente; ellos causa serán de grandes males..."

Silenciosamente descendió la comitiva desde el cerro, tomando agobiada la senda que conducía a Malanchay, mientras el viento frío del sur agitaba los altos penachos de vistosas plumas.

De Oriente llega el mensaje

En el atardecer de aquel corto día otoñal, cuando todavía el cansancio de la larga y agitada ceremonia mantenía en los ranchos a la gente, escuchose el clamor que acompañaba al rápido chasqui que de Uspara traía el mensaje que otros chasquis trotadores trajeron de allende la alta sierra del Charava. A grandes voces transmitía las palabras que grabó en su mente, mientras corría por la larga calle de Malanchay, hacia la colina donde se alzaba el rancho de Yúngulo. "Veinte Supayas que dominan el trueno y el rayo vienen remontando el Cacarañal..."

Grande fue el alboroto en el rancharío, mientras los guerreros y la gente, reunidos al pie de la colina del Curaca, comentaban la noticia que sin lugar a dudas constituía la certificación del vaticinio que al amanecer había hecho el Ilaica Ulpan en el Sololasta.

Pocas explicaciones pudieron agregar el chasqui y los amautas. El mensaje venía de muy lejos, en la forma concisa en que lo despachó el amauta de Calamochita, que vio a los extraños viajeros y quiso anunciarlos al soberano de Occidente. Había en sus palabras dos conceptos que causaban espanto a aquellas gentes sencillas: se trataba de diablos y dominaban el rayo. Por algo fueron dos los cóndores negros que lo anticiparon.

Españoles remontando el Carcarañal

Del fuerte que Sebastián Gaboto levantara en la ribera del magestuoso Paraná habían salido estos audaces guerreros españoles que desde hacía unos diez días venían costeano tierra adentro la margen norte del Carcarañal, cuando fueron avistados por el curaca calamochitano que envió a Yúngulo la tremenda noticia.

Los nómades cazadores de la gran llanura cubierta de grandes pajonales, lagunones y juncales, huían despavoridos ante la inusitada aparición de tan extraños seres, poseedores del trueno y del rayo con que abatían venados a distancia increíble.

Pero cuando se acercaron a las sierras, donde los camiare de vida sedentaria se dedicaban a las tareas de la agricultura, cambió totalmente el recibimiento. Allí fueron aceptados como divinos huéspedes, no faltándoles ahora techo ni comida entre estos indios tan hospitalarios.

Por ellos supieron que allá hacia el Poniente, traspuestas que fueran las serranías, encontrarían una gran nación de numerosos pueblos, que empleaban en utensilios domésticos el metal amarillo que capitán español les mostraba en su hermoso anillo.

Don Francisco César era el que mandaba. Alto mocetón de fornido cuerpo, su barba negra y su tez bronceada contrastaban con el blanco penacho del casco de acero. Vestidos de acero venían estos hombres pálidos de tupidas barbas, espadas, puñales, gruesos arcabuces y escudos metálicos, asombrosos ante las ingenuas armas de piedra y cañas de los habitantes de la tierra indiana.

Cruzando la sierra

Un atardecer, después de fatigosa jornada en que fueron ayudados por serviciales guías de Calamochita, llegaron a la cumbre de la abrupta sierra del Charava. Al pie de la sierra se extendía un inmenso y pintoresco valle que corría hacia el norte hasta perderse en la bruma, y que por el sur se confundía con la ilimitada llanura amarillenta que los guías indígenas llamaban pampa y Trapalanda.

Al frente, cerrando el horizonte del Poniente, alzábase el terreno en escalonadas terrazas, con lomas arboladas, quebradas, aislados cerros de bizarra silueta y serpenteantes ríos y arroyos que brillaban como hilos de plata bajo las últimas luces de ese soleado día otoñal. Allá, al pie de las primeras serranías del Poniente, que los indios llamaban Pina camche, podían vislumbrarse las aldehuelas de la nación auleta.

De pronto, y como brotados de las entañas pétreas de los peñascos vecinos, cien guerreros indios avanzaron cerrando un círculo, blandiendo lanzas de caña con moharras de agudas piedras blancas. Al frente avanzaba con resuelta actitud un gigante de piel morena y poblada barba negra. Un ajustado camisón de lana de vicuña llegábale hasta las rodillas, ceñida la cintura por ancho cinto de piel de tigre. Las mangas cortas y anchas, primorosamente labradas con bordados de colores vivos, dejaban ver los hercúleos brazos del guerrero. Sus tupidos, gruesos y muy negros cabellos, ceñidos de frente a nuca por ancha vincha, sostenían al frente tres soberbias plumas de cóndor.

Al llegar a cincuenta pasos del sorprendido grupo, con amplio ademán hizo detener sus hombres, mientras con recia voz habló en su lengua camiare. Contestó el jefe de los guías, y al parecer causole buena impresión lo que decía, pues habló pausadamente a sus guerreros, quienes pusieron la punta de sus lanzas hacia el suelo. Entónces César y sus hombres dejaron en el suelo su armamento y César avanzó hacia el jefe indio con sus brazos abiertos, ademán que imitó el auleta. Llegaron así a estrechar sus manos en manifiesta amistad, entre las alegres exclamaciones de ambos bandos.

Laleyuta! gritó el indio, golpeándose el pecho con el puño izquierdo mientras su diestra señalaba el lejano rancherío al pie de la serranía del Poniente cuyo nombre pronunció: "Pina camche, Camche auleta", dijo, agregando, "Malanchay, Yúngulo naure".

El jefe de los guías dio a entender que debían iniciar el

descenso de la sierra. Luego de levantar las armas, los españoles se internaron entre peñascos y quebradas, por la serpenteante senda que los llevó hasta Uspara, ya entrada la noche, cuando la luna nueva se ocultaba tras Pina camche.

Viaje a Pina camche

Aquella noche durmieron los hispanos en Uspara, en el rancho del cacique Anchancay. Muy de madrugada emprendieron la marcha por la ancha y bien cuidada senda que se dirigía hacia el Poniente, dejando a la izquierda la boscosa serrezuela de Talan, que cruzaba el ancho valle de Concaran que antes habían admirado desde la cumbre del Charava.

Anchancay había hecho adelantar una tropilla de llamas cargueras, vistosamente arnesadas, llevando obsequios al gran curaca y el magro equipaje de los hispanos. En las aldehuelas del camino las familias se agrupaban para ver pasar estos extraordinarios extranjeros. Los españoles pudieron admirar, en vegas y cañadones, las acequias de regadío y los maizales ya cosechados, cuyo fruto estaba almacenado en bien construidas trojes que los guías llamaban piruas.

Pero la admiración de los viajeros se vio colmada al acercarse a Malanchay en el atardecer de aquel día. Aldeas muy cercanas unas de otras, con sus grandes ranchos semienterrados, con el piso una vara más abajo que el terreno vecino, mostraban sus techumbres pajizas que parecían emerger del suelo. Casas grandes, con cercos de tunas y corrales de piedra, dentro de los cuales las erguidas llamas parecían estatuas más que bestias vivas. Aquí las trojes de mayor tamaño, colmadas de mazorcas de maíz, estaban agrupadas dentro de los cercos de piedra y eran comunales, al igual que los corrales más grandes, con incontables llamas.

Recibimiento en Malanchay

Una sola calle tenían estos pueblos, ancha y bien cuidada. Servía ahora para contener la gran muchedumbre de hombres, mujeres y niños que desde muy temprano se congregaron para presenciar la llegada de estos maravillosos extranjeros venidos de otro mundo. Era muy vistoso el atavío de hombres y mujeres, con sus camisones hasta la rodilla, sus cintos de cuero que hacían juego con sus delantales de cuero labrado y pintado de colores vivos. La ropa, bordada en la abertura del cuello, bocamangas y ruedo, era realmente hermosa. La vestimenta se completaba con adornos de pequeños discos de concha y de hueso, y los atuendos más lujosos lucían cuentitas de oro. Hombres y mujeres llevaban los cabellos primorosamente recogidos por vistosas vinchas, con adornos metálicos y de pluma.

Los españoles quedaron prendados de las bellas morenas, y comentaban entre ellos la gran diferencia que había entre esta gente, tan limpia, ordenada y bien vestida, y los cazadores que habían visto en la llanura y en el litoral.

En medio de sus comentarios fueron sorprendidos por el alto brusco que la comitiva hizo delante de la arbolada colina, a cuyo pie un escuadrón de guerreros de penachos negros, armados de lanza, guardaban la entrada de un cerco de talas, tunas y cardones, con refuerzo de muretes de piedra.

Sobre la colina destacábanse los techos pajizos de grandes construcciones. Delante estaba formado un compacto grupo de guerreros barbudos, lujosamente ataviados, armados de lanzas con moharras de oro. En el centro se erguía un hombre que parecía rey, con su vincha de oro y pectoral labrado, también de oro macizo.

De pie en el portal de abajo, el gigante Laleyuta golpeó tres veces el suelo con el regatón de su lanza y con potente voz, muy solemnemente, mirando a Francisco César, nombró al gran curaca: "Yúngulo naure!".

En el atardecer de este tibio día otoñal, cuando el sagrado Inti ocultaba su rojiza faz tras las altas cumbres de Pina camche, estrecharon sus manos el anciano jefe de estas serranías y el joven capitán hispano.

Córdoba, 19__.